

der que el fenómeno estético del lenguaje puede someterse más fácilmente al pensamiento, poéticamente puro, en el francés que en el castellano: porque suponen más trabajada y preparada la lengua francesa que la española, más apta para la expresión verbal poética: para la transmisión espiritual de la creación imaginativa. Gerardo Diego y Jorge Guillén polemizaron sobre este punto. Yo quiero recordarlo, ahora, únicamente para acentuar una de las cualidades esenciales de la poesía de César Vallejo: su arraigo idiomático castellano. Y más, por llegarnos su poesía de América».

La observación de Bergamín tiene una gran relevancia: la renovación poética de Vallejo se ubica en el anchuroso mundo del castellano, infinitamente (¿quién lo puede medir?) enriquecido con los castellanos de América Latina. Sus neologismos y hasta sus onomatopeyas salían de los registros del idioma (suenan diferente, por ejemplo, «susurro» que «chuchotement» aunque digan lo mismo). Era una renovación dentro del espacioso caudal de lo propio, de lo que con precaución se puede llamar Tradición. La ruptura como parte de la tradición, para mantener la vitalidad del lenguaje. Pero no ocurrió lo mismo con los artículos de su época europea: se advierten giros y expresiones francesas, con galicismos que tenían perfectamente su equivalente en castellano. ¿Formaba parte de su concepción elástica y cinemática de la prosa? Cuando aparece en Madrid *Rusia 1931*, además de su contenido polémico —«ardor catequizante» para unos y «muchísima luz sobre la incógnita de la sociedad soviética» para otros— los comentaristas no pasaron por alto una escritura «constantemente resentida por la prosa francesa». ⁶

A los artículos de Vallejo les ocurre lo que a los poemas de otro peruano: César Moro. La crónica era casi un género francés y el cronista debía mirar el mundo desde París («¿Queréis una muestra de la crónica moderna y parisiense, rápida, insinuante, cinemática?», se preguntaba). Mientras Moro —autor destacado de las antologías *oficiales* del surrealismo— infiltra sigilosamente giros y humor del castellano peruano a sus poemas escritos en francés (casi toda su obra la escribió en francés).

Con esa libertad creadora, más vigorosa en el verso que en la prosa, Vallejo subvierte el discurso predominante, una forma reprimida y artificiosa de hacer poesía, y pone en crisis una versión impostora de la literatura, con lo que provoca rupturas. He aquí su vanguardismo. Ninguna literatura auténtica está libre de culpas. Sus consecuencias marcan la poesía peruana, latinoamericana y, según sus lectores de la Generación del 27, española. En el fondo se trata de la fundación de una poética. Investido de su autenticidad, tomó por asalto la fortaleza del idioma para dejar entrar, diez años después, a *Altazor* (1931), de Vicente Huidobro, y *Residencia en la Tierra* (1933), de Pablo Neruda, cuando ya *Trilce* había cumplido una función de ablandamiento en el público y generó avidez por la novedad en los lectores. Por eso se considera hoy que son los libros que renovaron para la posteridad la poesía de genealogía latinoamericana. Hay una poesía de antes y de después.

¿Estos libros se podrían considerar autoctonistas, nacionalistas o latinoamericanistas? Sería impropio hacerlo: claro que son de estirpe latinoamericana, pero su dignidad estética los vuelve una contribución a la universalidad de la literatura. Lo que se encuen-

⁶ «Libros». El Sol, *Ballesteros de Martos*. p. 2. Madrid, 29 julio 1931.

tra allí es el poderío del imaginario latinoamericano expresado a su libre albedrío. Constituye un ejercicio de subversión creadora, la fundación de una literatura que logró su propia centralidad, sin ser consular de nadie. Es *otra*, resultado de nuestra *otredad*. Con estos atributos se presenta al intercambio literario, porque tiene algo propio que ofrecer. Ya no es relumbrón o espejo de otra. En su libertad reside su autonomía de vuelo imaginativo.⁷ En su diferencia reside su *universalidad*, porque revela un mundo. Ese es su aporte a una lectoría planetaria. En estos años de premios Nobel, ediciones internacionales, traducciones a casi todos los idiomas, tiradas millonarias, el prestigio del castellano como lengua literaria, constituyen las pruebas de que la poesía y la narrativa latinoamericanas son realidades inobjectables. Ya no viven más de prestado. Se acabaron los fondos monetarios de la literatura. Es un territorio liberado de dependencias. Va, más bien, camino de volverse centro.

Vallejo contribuyó afanosamente a abrir este espacio —es una reflexión obsesiva que aparece en muchos de sus artículos— pero no estaba seguro de que esto fuera posible en un plazo breve. Cuando estaba casi solo en su prédica por la autenticidad hizo pronósticos desesperados: «Levanto mi voz y acuso a mi generación de impotente para crear o realizar un espíritu propio, hecho de verdad, de vida, en fin, de sana y auténtica inspiración humana. Presiento desde hoy un balance desastroso de mi generación, de aquí a unos quince o veinte años» (*Contra el secreto profesional*).

¿Se trataba, acaso, de una generación desahuciada? ¿Era justa la acusación de impotencia? Hay aquí pesimismo, desesperación y escepticismo. Cómo explicar esta actitud en una «alma matinal», como se llamaba entonces al Hombre Nuevo del ideal socialista. En diciembre de 1928 escribe un artículo sobre *La Juventud de América*, con una bella reflexión incendiaria contra el optimismo ambiental, esa suerte de concepción positivista de la historia: «¿Existe un espíritu latino-americano? Precisemos que éste no existe ni existirá por mucho tiempo. La primera condición para provocarlo y crearlo, debe salir de nuestro convencimiento honrado de que él no existe y ni siquiera se vislumbra (...) Para conseguirlo pongamos en juego todos los medios destructivos, contra todos los bastardos asomos y simulaciones de cultura que sustenta nuestra pedantería continental. El movimiento surrealista —en lo que tiene de más puro y creador— puede ayudarnos en esta higienización de nuestro espíritu, con el contagio saludable y tonificante de su pesimismo y desesperación. Nuestro estado de espíritu exige un pesimismo activo y una terrible desesperación creadora. Pesimismo y desesperación. Tales son por ahora y para empezar, nuestro primeros actos hacia la vida».

Este espléndido manifiesto por la desesperación creadora, ¿cumplió su función? Tan entregado estaba Vallejo a sus convicciones estéticas que erró en sus pronósticos, pues más temprano que tarde brotaron aquí y allá expresiones de un quehacer artístico de nítida impronta latinoamericana: Huidobro, Neruda, Borges, Maples, Arce, Octavio Paz, Carlos Pellicer, César Moro, Martín Adán, Nicolás Guillén, Miguel Angel Astu-

⁷ Sobre la problemática de la autonomía intelectual de América Latina en el plano artístico y cultural hemos desarrollado una reflexión más amplia en: «¿Una filosofía de la Subversión Creadora?» en Cuadernos Americanos, México noviembre de 1980; y en «Three decisive battles for Latin American philosophy». Cultures. Unesco, París Vol. VIII, n.º 2, 1982.

rias, Alejo Carpentier, José María Arguedas, Ciro Alegría, Juan Rulfo, Julio Cortázar, y toda la pléyade de novelistas estrellas de hoy en día.

Pero su prédica fue un campanazo, buscaba movilizar los espíritus, aventar una tesis quitasueño contra las ideologías dormideras. La lectura de sus crónicas nos revela al hombre de carne y hueso, con sus *fobias* y *filias*, sus reflexiones punzantes, observaciones, apreciaciones y anhelos. No hay amargura o rencor. Es la provocación que construye al destruir: fuego purificador necesario siempre. Su mensaje en 1988 —a cincuenta años de su muerte física— resulta de flagrante vigencia, recibir hoy su mensaje echado al océano incierto llamado futuro: «Al escribir estas líneas, invoco otra actitud. Hay un timbre humano, un latido vital y sincero, al cual debe propender el artista, a través de no importa qué disciplina, teorías o procesos creadores. Dése esa emoción seca, natural, pura, es decir prepotente y eterna y no importan los menesteres de estilo, manera, procedimiento, etcétera».

Este *etcétera* es una puerta al infinito. Después, mucha agua corrió bajo el puente, y hoy podemos comprobar jubilosos, que existe una literatura latinoamericana. Esa es, tal vez, la mayor conquista espiritual del hombre americano.

Edgar Montiel



Trujillo. Patio de la Universidad